

TATO YOUNG



LOS HORRIBLES

**DE GALIMBERTI A ANGELICI
OPERADORES, ESPÍAS Y OTRAS MISERIAS
DE LA POLÍTICA Y EL PERIODISMO**

Espejo de la Argentina  Planeta

TATO YOUNG

LOS HORRIBLES

De Galimberti a Angelici.
Operadores, espías y otras
miserias de la política y el
periodismo

Habían pasado dos semanas desde la asunción de Mauricio Macri cuando Patricio entró a la Rond Point y lo vio al Tano en toda su dimensión. Había ocupado dos de las mesas más alejadas de la puerta y estaba ensimismado y solo, aunque a pocos metros de distancia se hacían los distraídos dos de sus custodios, que tomaban café con el delicado cuidado de damas inglesas. El Tano y Rond Point estaban unidos por una historia y un hombre en común. Sobre avenida Figueroa Alcorta, a metros del edificio de la televisión pública, la confitería había sido sede tertulias y desfile de gateríos desde hacía veinte o treinta años, pero se resistía al paso del tiempo y a los cambios de hábitos de la noche de la lujuria vip. Había sido en ese mismo lugar, entre espejos y vidrios espejados, donde Macri había saltado del mundo privado al público unos años antes. Tal vez por eso el Tano la usaba ocasionalmente como oficina, tal

era su devoción por el nuevo presidente. ¿Qué hacía allí, casi en soledad, observando una pila de papeles, marcando con una lapicera algo que la distancia no permitía adivinar? Patricio, por supuesto, era uno de los de su raza. Y no pudo con su curiosidad. Aunque había ido hasta allí para juntarse con uno de sus contactos, sus piernas lo arrastraron directo hasta la doble mesa del Tano. Lo interrumpió y se pusieron a conversar de trivialidades, hasta que el Tano le contó lo que hacía. La pila de papeles era un listado con los distintos organigramas del nuevo gobierno o más bien de los nuevos gobiernos, porque su amigo el presidente no solo había ganado el poder central de la Nación sino también a la poderosa provincia de Buenos Aires y aún conservaba la ciudad. Las planillas describirían cada uno de los muchos puestos disponibles. Ministerios, secretarías de Estado, departamentos, organismos descentralizados, autárquicos, puestos de todo tipo y color a lo largo y ancho de un Estado gigantesco y de pronto regalado para los cazadores. “Tenemos que completar miles de cargos”, dijo el Tano. “Y adiviná quién va a llenar estos casilleros.”

Aquello que estaba viendo Patricio, y que escribió luego en sus borradores, era mucho más que un hombre llenando casilleros. Estaba viéndolo al Tano Angelici. Y el Tano Angelici, supuesto abogado, supuesto tantas cosas, era en realidad una política de Estado.

2.

Ya iremos conociendo al Tano, ya lo iremos viendo. Tanto como él no quisiera. Pero vamos a empezar por Patricio.

¿Quién es Patricio?

¿Por qué él?

Patricio será, a partir de ahora, la puerta de entrada y nuestro anfitrión en un universo que opera en las sombras y que decide mucho de nuestro destino. Se encargará de guiarnos por los pasillos de su historia y la de un país que construye su trama en confiterías pasadas de moda, en los lobbys de los hoteles, en departamentos tapiados o en oficinas públicas, pero siempre a espaldas de la afición masiva por lo visible y efímero.

Su historia nos llevará hacia atrás, inevitablemente. Hacia los orígenes de la Argentina democrática y todavía antes. ¿Argentina democrática, dijimos? Bueno, de eso también hablaremos con Patricio. Pero para ponerle un

punto de inicio a este relato no es necesario ir tan lejos. Apenas al pasado reciente, a los inicios del gobierno de Mauricio Macri, cuando Patricio me comentó como al pasar su encuentro con el Tano Angelici. Porque para los hombres como él, todo eso es *al pasar*. Escenas de sus vidas complejas, pequeños instantes que no pretenden interpretar ni observar porque forman parte de lo cotidiano que los transporta de un lugar a otro. Solo que esta vez lo trivial estaba por ponerse en duda. Esta vez Patricio había decidido detenerlo.

3.

Nos habíamos citado donde solíamos hacerlo en ese último tiempo. En el restorán de un hotel seis estrellas del centro, frente a un ventanal que se abría hacia una galería de baldosas soleadas y un enorme jardín que se extendía en leve caída hacia el final de un terreno cubierto de césped brasileiro y rodeado de flores y palos borrachos, en una armonía que revelaba, una vez más, la obsesión de los seres urbanos por el orden. Patricio me recibió con el abrazo y los dos besos que daba, uno en cada mejilla, a sus invitados de confianza. Vestía un saco oscuro impecable y una camisa lisa de tono salmón. Un pañuelo en el bolsillo superior del saco le hacía juego con la camisa.

Aunque llevaba viéndolo desde hacía veinte años, siempre era un misterio saber con qué clase de Patricio iba a encontrarme. Lo había visto de todas las formas posibles. Sombrío a veces, la mayoría alegre, en algu-

nas ocasiones mendigando pena, otras eufórico, casi siempre exuberante en sus estados de ánimo. Esta vez, vaya rareza, Patricio estaba apagado. Nos sentamos en su mesa de siempre y, como enseña nuestro oficio, dediqué los primeros minutos a observarlo. Su elegancia era la de su última etapa. También sus dientes impecables, que yo sabía refaccionados. Las uñas y las manos cuidadas como si fuera un actor de cine. Pero había algo en su mirada, en sus movimientos especialmente lentos, en su forzado entusiasmo. Sus sonrisas iniciales parecían actuadas. Ni siquiera llamó al mozo para encargarle comida o algo para tomar. Simplemente se sentó y miró hacia la mesa, como ausente o ensimismado. Era Patricio, claro, pero era como si lo hubieran desenchufado del motor que lo había convertido en uno de los tipos imprescindibles del tejido invisible del poder.

—¿Estás bien?

Patricio hizo un silencio largo, tosco y dramático, y entonces soltó lo que quería contarme.

—Hasta acá llegué, compañero.

Empilchado con miles de dólares, con un reloj que debía costar un departamento de dos ambientes, sentado en un territorio solo apto para ricos, Patricio ofrecía una escena que parecía sacada de un melodrama de segunda categoría o de una copia de serie yanqui. Visto seriamente, no parecía un hombre ni abatido ni a punto del derrumbe; apenas alguien con un muy mal día. O tal vez estaba actuando, como tantas veces lo había hecho. Decidí, por cortesía, seguirle la corriente. Puse

mi mejor cara de preocupación, le regalé mi atento silencio.

Según me dijo, llevaba demasiados años viviendo altos niveles de estrés y sentía que había llegado el momento de tomarse la vida con más tranquilidad. A todos nos llega, agregó. Al parecer, su salud no era la mejor (sufría hipertensión y soportaba altos niveles de colesterol) y había ganado lo suficiente para disfrutar el tiempo que le quedaba en pie. Ya tenía más de sesenta años y quién sabe cuántos millones ahorrados por ahí. Había que pensar en otros horizontes, en otro modo de vida.

Patricio, la principal fuente de información que yo jamás había tenido, ese hombre al que creía infalible, que había transitado por décadas los pasillos de la información, finalmente había decidido retirarse.

¿Qué iba a hacer ahora? Para empezar, tenía ganas de terminar de escribir su libro de memorias.

Así lo dijo: un libro de memorias.

La noticia me dejó helado. No tenía ni la menor idea de que estuviera trabajando en un libro, mucho menos que fueran sus “memorias” ni que estuviera por terminarlo. Patricio no era un político en el ocaso ni una persona conocida, es decir, no era un viejo actor o un deportista retirado que se decidía a narrar lo que su público esperaba. Pero el libro estaba bien encaminado, me dijo. Es más: muy bien encaminado. Se lo había encargado a un periodista al que le venía relatando desde hacía meses los tramos más importantes de su historia. Ya que estábamos allí sentados, le parecía oportuno pre-

guntarme si yo podía habilitarle algún contacto con la editorial que publicaba mis libros, Planeta.

—¿Y qué vas a contar?

—Todo.

—¿Te volviste loco?

La conversación empezó a incomodarme y a extenderse. Por suerte al rato llegó el mozo, encargamos lo de siempre (milanesa de bife de chorizo y ensaladas) y compartimos una botella de vino (Malbec). Con Patricio se podía conversar antes y después de las comidas, pero nunca durante. Con él, cuando se comía solo se comía, en silencio y disfrutando de cada bocado. Aproveché esos minutos para pensar en lo que podía contener un libro de Patricio. Su historia personal, seguramente. Después de más veinticinco años de periodista, había aprendido que todos los actores del poder, incluso los invisibles, acaban por desear hablar de ellos mismos. Lo había visto en los personajes más sigilosos. En espías de seudónimos imposibles, en hombres y mujeres de supuesta entrega total al ostracismo. Al final, todos se rendían a la emoción de sus nombres en boca de todos. Pero lo importante, en este caso, no iba a ser la historia personal de Patricio, sino su influencia en la vida de otros. En la nuestra. En la de todos.

Al terminar de comer volvimos a la charla y evité el tema del libro. Lo esquivé, realmente. Tal vez me haya molestado que le estuviera relatando todo aquello a otro periodista. Tal vez hubiese esperado que me dijera el nombre de su escritor fantasma. Le pregunté por su novia del momento, hablamos de política, conversamos

un rato sobre los temas de agenda. Yo ya quería estar en otro sitio. Rechacé la copa de limoncello con la que Patricio cerraba sus almuerzos y me levanté para irme. Cuando nos despedíamos recordé el motivo que me había llevado hasta allí. Precisaba que me hiciera de puente con un juez federal que se negaba a atenderme. Un juez de los más turbios, al que yo quería consultar para un libro que estaba escribiendo sobre la Justicia Federal.

–Olvidate –me dijo–. Es amigo mío de toda la vida. Ahora también es amigo tuyo.

4.

La idea de un libro escrito por Patricio me parecía inverosímil. Dos semanas después de su anuncio, me envió un mensaje por Telegram para que fuera a verlo, otra vez, al mismo lugar. Telegram era desde hacía tiempo la manera de comunicarse de los hombres sigilosos. Se sabía que todas las redes sociales eran vidrieras abiertas a los curiosos, pero se suponía que Telegram era más protegida y difícil de vulnerar. En el mensaje, me adelantó que quería mostrarme sus primeros borradores. Quería conocer mi opinión sobre su libro.

Y acá estamos.

Me recibe, una vez más, en la galería del hotel seis estrellas, pero ahora de noche. Cenamos las milanesas de bife de chorizo, tomamos vino del bueno. Los hombres como él son animales de costumbres. Los mismos lugares, la repetición como modelo de lo cotidiano. En un mundo tan alocado e imprevisible, esos pequeños ri-

tuales parecen darle cierto orden. ¿No es ese, también, el fin de la escritura? ¿Darle orden al caos?

Lo primero que hago es agradecerle el contacto con su juez amigo, luego conversamos sobre un personaje sobre el que yo estaba escribiendo, intercambiamos opiniones sobre el rumbo del país, comentamos los programas de televisión del momento, finalmente callamos un largo rato. Hace tiempo aprendí a no preguntar demasiado. Contra lo que enseñan en las escuelas de periodismo, la experiencia me ha demostrado que frente a una fuente ya declarada como fuente, lo mejor es mantenerse en silencio y esperar. Es asombroso el poder de la escucha. Provoca vacíos que hay que llenar y en esos huecos de tiempo es donde ocurre lo inesperado. Patricio había sido, desde siempre, alguien incómodo con esos momentos, así que se levanta de pronto y me pide que lo acompañe a fumar un puro. Es su rutina. Comida en el restorán; un puro para la sobremesa.

El salón para fumadores se ubica en el entresuelo del hotel, también con una espléndida vista al jardín, ahora iluminado, pero desde una perspectiva todavía más espectacular. El salón consiste en un living enorme repleto de juegos de sillones que conforman siete u ocho rincones más o menos íntimos y separados unos de otros, a una distancia prudente para evitar interferencias y generar cierto ámbito de privacidad. La iluminación ayuda, por cierto. Cada rincón tiene sus propios focos, aislando los espacios, lo que genera la sensación de que nada hay por fuera de cada juego de sillones. Nos sentamos uno frente al otro. Patricio prende su cigarro

y arroja el humo hacia el techo. Lo miro y me asombro de ver cómo ha cambiado con los años. Poco queda del primer hombre al que conocí veinte años atrás en la confitería del Oso o de aquel que se me apareció una tarde por la redacción del diario, cuando yo era todavía un joven redactor de diario. Patricio mantiene esa manera de hablar desordenada, cierta vaguedad en sus expresiones, pero ahora es alguien definitivamente seguro de sí mismo y cercano a la calma. Tal vez, finalmente, después de tanto buscarlo, se está empezando a parecer a sus ídolos de los western, esos vaqueros representados por John Wayne o Clint Eastwood a los que había visto mil veces en las películas de John Ford, Howard Hawks o Sergio Leone, aunque lo más sensato sería decir que, por varias razones, se parecía más bien a los enemigos de John Wayne y Clint Eastwood.

Con un gesto actuado, la mano izquierda haciendo un círculo invisible en el aire, Patricio llama a uno de los mozos que, supongo, debe estar esperando su señal. El mozo se acerca y le entrega una carpeta negra bien gruesa y pesada. Allí están los apuntes. El libro casi terminado de Patricio.

5.

Se preguntarán por la primera persona. Por qué meterme de lleno en el relato. Para empezar, porque voy a contarles sobre cierto tipo de informantes con los que solemos trabajar los periodistas para acceder a las historias que se esconden detrás de los hechos que solemos relatar con demasiada velocidad. O con los que solíamos hacerlo, ya que mucho ha cambiado en los últimos años. Patricio era uno de esos informantes, el mejor de los míos. Los hay a montones. Lobbyistas, operadores políticos, traficantes de información sensible, suelen ser las manos ocultas de muchas de las acciones que luego vemos cuando están frente a nosotros como hechos consumados.

Alguna vez le pregunté a Patricio cómo podía definir su trabajo.

—Yo llevo y traigo. Conecto gente. Ayudo. Arreglo cosas.

Llevar y traer. O traer para llevar. La política y los tribunales están repletos de esos hombres y mujeres que comercializan información y conectan gente. Suelen atender en confiterías, en hoteles, incluso en estacionamientos, pero muy rara vez en alguna oficina. No tienen domicilios fijos, porque todo debe ser efímero, menos el resultado de lo que buscan.

Al primero que traté fue a uno de los jefes temporarios que tuvo Patricio. El Oso, le decían. Ya no recuerdo quién me lo presentó, pero sé que fue mi puerta de entrada a ese mundo al que vamos a asomarnos. El Oso debía medir cerca de dos metros y un pesaje que no debía bajar de los ciento treinta kilos o más. Sus manos eran como patios, la espalda era la más ancha del mundo y parecía salirse de las camisas que llevaba ajustadas a su corpulenta figura. Daba miedo imaginárselo enojado, pero El Oso siempre se mostraba alegre, al menos conmigo y en su territorio, La Ópera, una confitería decadente de Corrientes y Callao, que había sido una vieja pizzería a la que intentaron modernizar sobrecargando su techo con luces dicróicas incrustadas en el durlock. El Oso ocupaba siempre una de las mesas del fondo y se posicionaba, como un zaguero central, para poder ver desde allí todos los movimientos de La Ópera. Era como si esperara la llegada de la policía o de la mismísima muerte, cosa que estaba ocurriendo. Eran los años noventa, gobernaba el menemismo, y El Oso atendía un teléfono móvil del tamaño de un ladrillo, uno de los primeros de su tiempo. Me habían sugerido hablar con él por una serie de incidentes en el puerto

de Buenos Aires. El gremio de los portuarios se oponía a la instalación de un casino en un barco flotante y llevaban más de una semana bloqueando los accesos al barco. Ante la amenaza latente de una represión policial, los portuarios levantaban pancartas en contra de la ludopatía y juraban resistencia. El Oso, me habían dicho, era el que lideraba la protesta de los portuarios, aunque su única vinculación con los portuarios era su origen marplatense, de cara al mar. En su puta vida había trabajado en el puerto.

–El problema es la caja –me explicó El Oso. Los dueños del casino querían registrar a los empleados como lo que eran, esto es, empleados del negocio del juego. Pero el gremio de los portuarios los quería registrados como trabajadores propios. Daba lo mismo si tiraban dados o si cargaban bolsas, lo importante, para el gremio, era que su trabajo transcurría entre amarras y olores a río, combustible y mugre. Eso debía bastar para convertirlos en portuarios y así apoderarse de sus aportes gremiales, que sumaban una buena cantidad de plata.

Supongo, porque la memoria es algo vaga, que la primera charla con El Oso ayudó a iluminar en algo las crónicas que yo escribía para el diario *Clarín* sobre aquel conflicto. Por supuesto, mi compromiso era no citarlo como fuente ni vincularlo a los incidentes que derivaron en un choque violento entre la Prefectura y los sindicalistas, para luego llegar a un arreglo económico con el casino que dejó más o menos conformes a los portuarios. Para mí fue apenas una anécdota. Esa primera reunión devino en otras, muchas otras, por va-

rios años, y acabé por conocer, como se puede conocer a una fuente como El Oso, ese gigantón que desde el fondo de un bar parecía ser un fabricante de historias más o menos reales.

El Oso me iba a llevar a muchos otros como él, que a su vez me llevarían a otros más. La lista iba a ser larga, como iremos viendo. El Coti Nosiglia, Galimberti, el Señor Javier, el Tano Angelici... Y, por supuesto, Patricio.